



CALEIDOSCOPIO CINEMATOGRAFICO

D.—Bueno; pero todo esto ¿á dónde va á parar?

M.—Bueno; pero ¿qué es *todo esto* y qué es *parar* y qué es *dónde*?

D.—Es que no se ve el fin de estos conflictos...

M.—De ellos nacerán otros, como de la solución de un problema nacen otros problemas, y aquel mismo, que parecía resuelto, resucita y se renueva, y así, sin fin, que no hace falta.

D.—Pero ¿á dónde vamos á parar?

M.—Tú, por lo que veo, á volverte loco, y es lo que te hace falta. Me parece que eres de los que al ponerse á leer una interesante novela, de esas que algunos llaman novelescas por excelencia, y al sentirte dominada la atención por su argumento, te vas al final de ella, de la novela, á ver cómo acaba, y ya no la lees más.

D.—Algo de eso me pasa.

M.—Y esa novela que así te interesa no tiene interés. Porque si le tuviera, tendrías en cada momento de su curso, é irías deteniéndote en ella y deseando que nunca acabase. Y á ti no te interesan ni la vida ni la Historia, cuando así preguntas ¿á dónde va á parar todo esto? ¿Y qué más da? *Ca vous amuse, la vie?* Esto recordaba Henry Adams, aquel bostoniano que se calificó de anarquista conservador cristiano y nos dejó una tan interesante *Autobiografía*. Una autobiografía cuyo fin no desea el lector más que el autor desee el fin de su vida. Estás, pues, contaminado de una triste enfermedad. Y como aquel niño que decía: «si sé que hay que obedecer á los mayores, no nazco!», así tú, si llegas á saber *ab aeterno* que no hay donde vaya á parar nada, hubieras sido capaz de no haberte dejado nacer.

D.—Ahora, al oírle estas salidas...

M.—¡No, sino que son entradas ó metidos!

D.—Bueno; ahora, al oírle estos metidos, he recordado cuando le oí exclamar una noche: ¡nadería de naderías y todo nadería!

M.—Debí haberlo dicho en latín: *nullitas nullitatum et omnia nullitas!* Así tiene más solemnidad. Y cuando dije eso, debí de sentirme solemne, como tú te sientes ahora...

D.—¿Qué?

M.—¡Pues mira, no lo sé!

D.—¿De modo que desapruebas mi preocupación por el porvenir?

M.—Es que eso no es porvenir; eso es pasado. Los que estáis acojonados por á dónde hemos de ir á parar, no pensáis más que en el pasado; no sois futuristas — si es que esto es ser algo —, sois preteritistas...

D.—¿De qué pretérito?

M.—Tienes razón; pues hay el indefinido, ó aoristo, y hay el perfecto. Y diré que sois perfectistas. O, si quieres, perfeccionistas. Ya sabes que, gramaticalmente, hay la acción que empezó, la que dura y la que termina ó acaba, ó sea pretérito indefinido, presente y perfecto.

D.—En concreto...

M.—¿En concreto? Pues... *nació, vive y ha muerto*. Y hay que estar en *vive*.

D.—O en *vivirá*...

M.—Eso no es nada. Porque, mira, nuestra vida, ó si quieres mejor nuestra Historia, no es sino un caleidoscopio cinematográfico...

D.—¿Y por qué no un cinematógrafo caleidoscópico?

M.—¡Porque es igual! Es, pues, digo, un caleidoscopio cinematográfico en que un prisma de espejillos que llevamos dentro nos hace ver cier-

ta consistencia, y el correr de la cinta nos da la sensación de la consecuencia ó continuidad. Pero créeme que lo mismo podía ocurrir lo que ocurre que otra cosa cualquiera. Y no cabe sino sonreír cuando exclamáis: «¿y el Gobierno, qué hace?» Como si hubiera Gobierno alguno que pudiese hacer algo. Y eso porque no tenéis el valor de decir: «y á todo esto, Dios, ¿qué hace?»

D.—Pues bien, sí, ¿qué hace, qué hace su Providencia?

M.—¿Te parece que hace poco con hacer que corra la cinta caleidoscópica? ¿Te parece mejor que la pare ó que nos deje á oscuras? ¡Eres un conservador formidable!

D.—¿Y qué es ser un conservador?

M.—Pues ser un conservador, es ser uno que busca soluciones para ponerlas en conserva. Y las soluciones no hacen sino disolver. Y no hay más positiva solución que la de un estallido de un explosivo. Es como se llega á un estado de equilibrio estable. ¿Conoces la teoría cinética de los gases?

D.—Algo.

M.—Pero dejemos eso, porque ya quedamos en que estas metáforas son peligrosas...

D.—Razón de más, según usted, maestro, para emplearlas...

M.—Pues calla, chico, que tienes razón. Estas metáforas son lo que da consistencia al montoncillo de lentejuelas de todos colores que hacen nuestro caleidoscopio. Gracias á la metáfora viven, y gracias á la metáfora se mueven, son cinematográficas. Metáfora, después de todo, no quiere decir sino traslación, y el traslado es el movimiento. El metaforismo es, pues, la filosofía del caleidoscopio cinematográfico, y como la Historia, la vida de la conciencia humana, no es más que caleidoscopio cinematográfico, la filosofía humana es el metaforismo. Si quieres, pues, trasladarte, vivir, metaforiza, muchacho, metaforiza. Pero no andes preocupándote á dónde te trasladadas...

D.—Yo no pregunté, maestro, á dónde nos trasladamos...

M.—No, tú preguntaste á dónde vamos á parar, que es peor. ¡Parar, parar! La parada es la quietud, es el acabamiento, es la perfección, si quieres; ¡es la muerte! Preguntar: «todo esto ¿á dónde va á parar?», es preguntar: «¿cómo va á acabar esto?»

D.—Y eso es lo que preguntamos: ¿cómo acabará todo esto?

M.—Pues acabará volviendo á empezar, y es lo mejor que puede suceder. Acabar es venir á cabo, ó sea á cabeza; es volver á empezar. ¿Qué crees tú, que el gusano acaba en mariposa, ó que la mariposa acaba en gusano?

D.—Ya tenemos lo de si fué antes el huevo ó la gallina...

M.—Para el que quiere comer huevos, la gallina acaba en ellos; pero para el que quiere comer gallina, el huevo acaba en ella. Y hay quien no se preocupa ni del gusano ni de la mariposa, sino del capullo. Estos son los conservadores: los del capullo. Como su solución es vestirse de seda, para librarse del rayo en lo posible, no se cuidan de si el gusano acaba en mariposa ó está en aquél. Y la verdad es que cada uno de ellos acaba y empieza en el otro. Tal es el caleidoscopio cinematográfico que hace mover la correa sin fin de la Providencia. O sea el Acaso.